



ROMANCE NUEVO
DE DOÑA ISABEL GALLARDO,

NATURAL DE LA CIUDAD DE JAEN.

Declárase el invencible valor de esta hermosa doncella, y la venganza que tomó por la muerte de su padre; con lo demas que verá el lector.

Atemorícese el orbe,
 guarden silencio los majos,
 los que de día y de noche
 andan siempre tan armados,
 echando plantas al aire,
 mucha lengua y pocas manos,
 y tirándola de valientes
 echan jactancias en vano:
 escuchen de una muger
 los arrojos temerarios,
 sus heroicas valentías,
 no es Doña Teresa Llanos,
 ni Doña María Ponce,

que tanto se ha celebrado
 por su rasgo y gallardía;
 es Doña Isabel Gallardo
 la que voy á proponeros,
 y así la atención encargo.
 En la ciudad de Jaen,
 á la que el Bétis cercando
 riega y baña sus cimientos
 cuando se va despeñando,
 y hecho culebras de plata
 cristales va derramando:
 En esta ciudad vivía
 Don Gerónimo Gallardo,



hombre poderoso y rico,
señor muy apotentado:
el cielo le dió una hija,
mal dije, un ángel humano;
corto me quedé, una diosa,
Venus segunda en el garvo;
mas todas cuantas virtudes
pueda tener un cristiano
tenia esta criatura;
y sabia en alto grado
leer, contar, escribir,
tañer instrumentos varios:
nunca pensó en ser casada,
manteniéndose en su estado
siempre con honestidad,
guardando sumo recato.
Con un primo que tenia
en una sala ó en el patio,
dentro de su misma casa,
era su egercicio tanto
jugar con este el florete,
que era pasmo de los pasmos.
Salió muy diestra y valiente,
y hallándose de veinte años,
tuvo el padre de esta fama
un dia con cierto hidalgo
unas palabras, y fueron
desafiados al campo,
donde le dieron la muerte,
y á su casa fue llevado
á la vista de su esposa,
en donde con tiernos llantos,
con lágrimas y suspiros,
por ver á su esposo amado
difunto allí en su presencia,
se lamentaba del caso.
La hija, viendo á su padre,
toma el cielo con las manos:
no hay desatada leona,
ni tigre tan alentado
que con ella se compare.

En una sala se ha entrado,
y quitados sus vestidos
de hombre se ha disfrazado,
se pone lucidas armas,
y montando en un caballo
partió como un rayo al punto
donde estaba retirado
el que dió muerte á su padre,
y para disimularlo
el intento que llevaba,
les encomendó el caballo
á unos pastores que estaban
de allí trecho no muy largo.
Llegó donde el tal estaba,
cortesmente le ha llamado,
y dice, que dos palabras
quiere decirle en el campo.
Salió, y para mas seguro
consigo lleva un criado
que le guarde las espaldas;
y así que le vió en el campo,
le dice: vil caballero,
pícaro, traidor, villano,
tú has dado muerte á mi padre,
y yo á la demanda salgo.
Echó pues mano á una daga,
y su contrario echó mano;
mas á pocos movimientos
una estocada le ha dado
la dama al tal caballero,
y en su sangre revolcado,
el criado á la demanda
quiso salir de su amo;
pero en vano fue el arresto,
que al moverse cuatro pasos
pagó tambien con la muerte;
y con ánimo bizarro
cortó la mano derecha
al caballero contrario,
envolviola en un pañuelo,
á su casa vuelta dando,

y dándosela á su madre
de aquesta suerte le ha hablado:
ved aqui la mano, madre,
de aquel alevoso ingrato
que dió la muerte á mi padre.
Se quedaron admirados
de ver accion tan heroica;
y aunque mas le han reportado,
no fue fácil detenerla,
pues con ánimo arrestado,
recogiendo mil doblones,
tres vestidos y el caballo,
se salió de la ciudad,
y un primo fue por su amparo
para ir en su compañía,
pero presto le dió el pago,
que á cosa de media legua
de puñaladas le ha dado.
Llegó á la ciudad de Andujar,
dia de la Cruz de mayo,
y paseando sus calles,
con un cierto cirujano
tuvo no sé que contienda
y le dió un carabinazo.
Confíandose en sus brios
luego el camino ha tomado
para Córdoba, mas antes
entró en la villa de Carpio,
donde tuvo unas palabras
con Don Francisco Fajardo,
escribano de la villa,
que se estaba chanceando
con ella: mas entre burlas
dos puñaladas le ha dado.
Ligeramente camina
porque le siguen los pasos,
y no es razon de que duerma
quien tiene muchos contrarios.
Entró en Córdoba una noche,
y en el meson de Juan Calbo,
que está en la fuente del potro,

dió la muerte á un licenciado,
y al mesonero tambien
le dió en la cabeza un tanto,
porque quiso adelantarse;
y al salir, á un escribano
le cortó cara y narices:
y á Écija caminando,
con Don Francisco de Vargas
se acomodó por criado;
á un paje que este tenia,
porque fue desvergonzado
le ha cortado la garganta,
y lo mismo hizo á un lacayo
que quiso volver por él:
pero poniéndose en salvo,
al campo de Gibraltar
se fue con unos soldados.
Recorriendo sus trincheras
seis ingleses ha encontrado
que estaban de centinela,
y en muy breve les dió el pago,
pues fieros la acometieron,
pero les salió bien caro;
á todos seis dió la muerte,
las armas les ha quitado,
y al Marqués de Villadarias
las presentó por regalo.
Se partió á Ciudad Rodrigo,
sentó plaza de soldado
en un escuadron lucido;
y un dia que salió al campo
por forraje, se apartó
bastante, y en un barranco
estaban diez portugueses
escondidos, y arrestados
quisieron llevarla presa,
pero fueron apresados:
de los diez mató á los siete,
los otros tres maniatados
llevó á la plaza, y alli
quedaron maravillados



en ver tan heroicos hechos,
y arrojó tan temerario.
A Badajóz caminó
con un escuadron que enviaron
de reclutas á la ciudad,
y el sargento Juan Blanco,
sobre dos reales de á ocho
que ella le habia prestado,
se trabaron de palabras,
las espadas arrancando,
se volvieron contra ella
diez y seis de los soldados:
á todos les hizo cara
una hora (caso raro!),
diez mató en esta pendencia,
y los otros maltratados
la siguen; mas poco á poco
ella se fue retirando
porque se quebró la espada:
mas un valiente mulato,
viéndola que está sin armas
á su lado se ha arrimado
solo para defenderla,
y ella le dijo: anda, galgo,
no me amparo de tu sombra
mientras durare mi brazo;
y quitándole la espada
le rompió todos los cascós.
Al soplo de una pistola
dió muerte á Don Juan Manzano,
capitan de infantería,
y ella se fue retirando
á un convento dominico,
y metiéndose en sagrado
la cercaron al instante,
mas el cercarla fue en vano,
que con otro religioso
que la salió acompañando,

tambien vestida de fraile,
se puso al instante en salvo.
Entró en la villa de Zafra,
á tiempo que reclutando
estaban dos compañian,
y por muy poco embarazo
que tuvo con un cochero,
de un señor muy respetado,
le tiraron á traicion
y atravesáronla un brazo.
Otra estocada le dieron,
y sin poder remediarlo
cayó desmayada en tierra,
donde á voces publicando,
confesion pide, y al punto
ser muger ha declarado.
La dieron los sacramentos,
vuelta ya en sí del desmayo
la curaron las heridas,
y despues que hubo sanado
se enamoró de esta dama
un capitan esforzado
llamado Don Juan Corazas:
de su sangre se ha informado,
y viendo que era tan noble
al punto lo han dispensado.
Al fin se casó con ella,
y vivieron descansados,
pues el grande Cárlos Cuarto
(que de Dios esté gozando)
señalóles una renta.
Dios les dé su auxilio santo,
para que en conformidad
en su amor y gracia estando
logren muy grandes aumentos,
viviendo y considerando
que solo en servicio suyo
el cielo les será dado.

FIN.

*Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, núm. 18,
donde se hallarán otros diferentes.*